

LIDERAZGO PRESIDENCIAL EN ESPAÑA

Copyright José Luis Alvarez Alvarez

BORRADOR INACABADO

No copiar o distribuir sin permiso

1. INTRODUCCION

Si existe una única fuerza conductora que motiva a todos los presidentes, ésta no es la popularidad ni el hecho mismo de gobernar. Es el liderazgo. Por encima de cualquier otra cosa, el público quiere que los presidentes sean líderes fuertes, y los presidentes saben que su éxito como tales, junto con su lugar en la historia, depende del grado en que ciudadanos, élites políticas, académicos y periodistas los perciban cumplimentando tan elevada expectativa.

Moe, T. & S. Wilson (1994)

Vi además que bajo el Sol no es de los ligeros la carrera,
ni de los valientes la batalla;
y que tampoco de los sabios es el pan, ni de los entendidos las
riquezas,
ni de los hábiles el favor,
si no que el tiempo y la suerte les llegan a todos.

Eclesiastés, 9:11

Credo che come la natura a fatto all'uomo diverso volto, così gli abbia fatto diverso ingegno e diversa fantasia. Da questo nasce che ciascuno secondo l'ingegno e fantasia sua si governa...Ma perché i tempi e le cose universalmente e particolarmente si mutano spesso, e gli uomini non mutano le loro fantasie né i loro modi de procedere, accade che uno a un tempo buona fortuna, ed un tempo trista...havendo gli uomini prima la vista corta, et non potendo poi comandare alla natura loro, ne segue che la fortuna varia et comanda agli uomini, e tiengli sotto il giogo suo.

Maquiavelo, citado en Pollock (1975)

Las tres citas que encabezan este libro capturan el principal dilema del liderazgo. Primero, la necesidad de los dirigentes políticos de ser percibidos por la colectividad como líderes fuertes, como reconoce el gran economista institucional de Stanford, Terry Moe. Que todavía a principios del siglo XXI la ansiedad que existe detrás de la necesidad de este juicio de liderazgo sea una pulsión atávica no la hace menos real. Segundo, la imposibilidad de los líderes de estar a la altura del requerimiento del liderazgo. Como recuerda el libro del Eclesiastés las circunstancias, la suerte, las necesidades cambian y, como bien sabía Maquiavelo, éstas lo hacen más frecuentemente, más sustancialmente de lo que pueden cambiar los seres humanos, incluso los mejores. El liderazgo es siempre una aspiración frustrada del dirigente político. Y su ansia por los ciudadanos una ilusión, una fantasía. Las páginas que siguen ejemplarizan este desengaño inútil con el estudio de los presidentes de gobierno españoles de la era democrática.

El campo académico del liderazgo presidencial está enfocado a entender cómo es el carácter de los líderes que llegan a ejercer el role de presidentes de gobierno o primeros ministros, a comprender el efecto de su perfil psicológico en su comportamiento o conducta en el cargo y en las políticas que promueven, a proponer la relación causal entre lo que hacen en su role y los resultados que obtienen y, finalmente, la influencia en las

anteriores relaciones causales del contexto institucional y político. Es un campo del saber reconocido por las instituciones académicas de los países con más tradición democrática. No es una perspectiva académica jurídica. Tampoco de estudios electorales, ya que éstos son, estrictamente hablando, estudios de liderazgo pre-presidencial. Es la convergencia de la psicología social, la sociología política y la ciencia política aplicadas al ápice de nuestros sistemas políticos. El desarrollo de estos conocimientos permiten una aproximación objetiva a esta figura clave de todo sistema democrático y, por tanto, a aumentar la calidad del debate político. Este texto es uno de los primeros pasos para desarrollar este campo en España.

1.1. Relevancia del tema y escasez de estudios.

La presidencia del gobierno de España ha sido y es, en la todavía corta historia democrática española, la sede de poder político más importante. Aunque la Constitución pretende un régimen parlamentario, no presidencialista, la práctica de la democracia española refleja la preeminencia del presidente del gobierno, más allá de lo que podía deducirse de la división formal de poderes establecida: según el Título IV de la Constitución, el presidente dirige y coordina el gobierno, ejerce las funciones de nombramiento y cese de los ministros, de mando en las deliberaciones del ejecutivo, de disolución de las cámaras y de proposición de una moción de confianza.

Pero el poder de los presidentes de gobierno no deriva únicamente o siquiera principalmente de la legislación. En el sistema de partidos español y la dinámica política desde 1978 el presidente del gobierno es también el máximo dirigente de su partido. Es más, un líder político puede llegar a presidente de gobierno porque previamente es dirigente máximo de su agrupación política. Y será más poderoso en su role de presidente del gobierno, en el de jefe ejecutivo máximo de su partido, y en la dinámica política del país, cuantas más elecciones gane. Se produce por tanto un reforzamiento mutuo del liderazgo político partidista y de la figura del presidente del gobierno, que se establece como el órgano clave en la orientación y dirección política del Estado. Es el máximo líder político del país y, como iré argumentando, en un ejemplo claro de las teorías clásicas de Michels (1962, p. 70, publicado originariamente en 1915) sobre liderazgo partidista desarrolladas en su estudio clásico del partido social-demócrata alemán a principios del siglo XX: *Organization implies the tendency to oligarchy*. Para ser precisos, en el caso español se trata menos de una oligarquía –de un grupo-- que de un hiperliderazgo individual ¹.

Que el sistema español no sea presidencialista desde el punto de vista normativo, aunque sí desde el punto de vista de las dinámicas políticas realmente existentes, se muestra, entre otras prácticas, en las siguientes.

En las campañas electorales a las Cortes Generales, que no son

¹ Lo que convierte las oligarquías en hiperliderazgo, incluso cesarismo en algunos países (Nestor Kichner en Argentina, sería un ejemplo de esto último), es el papel de los medios de comunicación, en especial la televisión, que personaliza la política a extremos inimaginables para Michels a principios del siglo pasado. Como dicen los politólogos la televisión significó para la política lo que la pólvora para el arte de la guerra.

estrictamente a la presidencia del gobierno, aunque en ello se han convertido de facto, la persona e imagen del candidato a presidente de gobierno --normalmente, aunque no de forma obligada, el cabeza de lista por Madrid de uno de los dos partidos mayoritarios—se convierten en el centro de la campaña electoral de su partido, desde la estrategia a la imagen. Un ejemplo muy visible de esta personalización tuvo lugar en las elecciones de Marzo de 2004, cuando el PSOE hizo uso extensivo de la marca “ZP” para singularizar a su líder y diferenciarlo de la marca PSOE, que el propio partido suponía deteriorada. La marca individual de J. L. Rodríguez Zapatero se estilizó aún más para las elecciones de 2008, convirtiéndose en “Z”, omnipresente en la campaña electoral ². El personalismo de las elecciones españolas se enmarca en una general des-ideologización de la política contemporánea, anunciada hace ya décadas por, entre otros, uno de mis profesores en teoría social (Bell, 2000; first edition 1960), y recordada para España por el sociólogo Vidal Beneyto, en un interesante artículo (El País, 10 de Abril, 2009). Rico (2009), en su espléndido libro sobre los líderes como candidatos presidenciales, realiza una detallada exploración de los distintos argumentos al respecto, cualificando la aplicabilidad de las teorías personalistas para el caso de las elecciones españoles.

Otra instancia de personalismo presidencialista en la práctica política española es la institucionalización de la costumbre de nominar al máximo

² Por cierto, estrategia electoral llamativa y paradójica para un partido de izquierdas que, a priori, debería, por coherencia ideológica, proponer una oferta de liderazgo menos personalista, y de la que, dicho sea de paso, el partido socialista acabaría arrepintiéndose (Alvarez 2011).

dirigente de un partido como candidato a la presidencia del gobierno³, con la excepción de la fracasada cohabitación entre J. Borrell y J. Almunia en la dirección del P.S.O.E. en las elecciones que llevaron a J. M. Aznar a la presidencia del gobierno y la incómoda y poco fructífera entre J. L. Rodríguez Zapatero y A. Pérez Rubalcaba⁴.

Otro ejemplo, anecdótico si se quiere, son las típicas encuestas sobre el vencedor del pleno parlamentario anual sobre el estado de la Nación, que no inquietan entre el P.P. y el P.S.O.E., si no entre los líderes de esos partidos.

Es especialmente revelador, así mismo, del hiperliderazgo presidencial español que la mayoría de los procesos sucesorios en el liderazgo de los partidos políticos españoles han sido traumáticos y han necesitado normalmente de diversos intentos, durante largos periodos de tiempo, para llegar a la consolidación de un nuevo líder. Estas dificultades de sucesión son las propias y normales en cualquier organización, también las empresariales, cuando se trata de sustituir a hiper-líderes prácticamente todopoderosos, como son los presidentes de gobierno españoles ⁵. Como ilustraciones de estas dinámicas baste recordar el largo tránsito de Alianza

³ Debemos recordar que esta figura no existe estricta y formalmente en el ordenamiento jurídico español, dado que es el Rey, tras las elecciones y consultas a los dirigentes de los diferentes partidos políticos representados en las cámaras, quien propone el candidato a presidente de gobierno.

⁴ Excepción tradicional en el ámbito autonómico es el PNV, que ha separado tradicionalmente la dirección del partido de la candidatura a Lehendakari, lo que, por cierto, históricamente también le ha causado problemas y escisiones, como la protagonizada por C. Garaikoetxea.

⁵ Ver Alvarez (2011X) sobre las consecuencias para el PSOE del hiper liderazgo del presidente Zapatero.

Popular de M. Fraga hasta el PP de J. M. Aznar, la práctica desaparición de UCD cuando A. Suárez dejó de ser candidato a presidente, o el largo proceso de consolidación de secretario general y candidato presidencial viable en el PSOE desde la marcha de F. González. Incluso era todavía ejemplo, cuando iniciaba los trabajos de este libro, la entonces inacabada y difícil larga marcha de M. Rajoy no únicamente a la presidencia del gobierno, pero incluso a su consolidación como líder indiscutido del partido, y por tanto como candidato.

Tras la Transición, la dinámica, ya en la España plenamente democrática, de acumulación de poder en el líder de los partidos cum presidente del gobierno es básicamente la siguiente. En su carrera y ascenso al liderazgo presidencial, los políticos españoles son extremadamente dependientes de sus partidos, en especial de la dirigencia de los mismos, sus todavía superiores. Son apparatchik que se distinguen por su obediencia y lealtad a la nomenklatura, al aparato, a la oligarquía del partido como diría Michels (1915), por su lealtad, perfil bajo y habilidades de supervivencia. Sin embargo una vez alcanzada la secretaría general o presidencia de la organización, elegidos candidatos, y ganadas las elecciones (nunca más allá del tercer intento —como F. González, J. M. Aznar, M. Rajoy y, en Catalunya, A. Mas—que parece establecerse como el límite de paciencia de los partidos con líderes no exitosos electoralmente), todo el poder fluye hacia ellos de forma rápida y exclusiva, se concentra en su persona, convirtiéndose en

hiperlíderes personalistas, capaces de articular su propia obediente oligarquía, de apoyo a su liderazgo.

El problema que se deriva de estos perfiles de carrera política para la calidad presidencial en España, y de la propia democracia, es que el aprendizaje y desarrollo del liderazgo político, especialmente el más transformador, difícilmente se puede derivar de una experiencia vital de apparatchick partidista, como ha sido la de todos los presidentes de gobierno españoles, en menor medida durante la Transición, en mayor medida después de la transición. Antes de la Transición los que acabaron siendo presidentes fueron emprendedores políticos: A. Suárez de UCD; F. González del PSOE, en competencia con el PSOE Histórico de R. Llopi y del PSP de E. Tierno Galván; incluso J. M. Aznar se puede decir que refunda partido tras la larga serie de derrotas de M. Fraga y A. Hernández Mancha; y, como ejemplo en Cataluña, J. Pujol funda Convergencia Democrática. Desde F. González y J. M. Aznar los perfiles presidenciales y candidatos presidenciales ya no son de empresarios políticos que han de construir una organización y asegurar un electorado estable, pero de burócratas que heredan una organización y, en mayor o menor proporción un electorado. Así son J. Borrell, J. Almunia, J. L. Rodríguez Zapatero, M. Rajoy, A. Pérez Rubalcaba, en Cataluña A. Mas, en Galicia A. Nuñez Feijoo, etc.

En cualquier caso, una vez en la presidencia tiene lugar una clara discontinuidad biográfica en la carrera de los políticos españoles que llegan a presidentes, entre el antes y después de ocupar el role máximo del sistema

político español, ya independientes de los cuadros del partido y de su oligarquía, ya como agentes políticos libres. Un par de anécdotas me servirán para ilustrar este hiato en la trayectoria de los presidentes españoles, desde miembros indiferenciados de un grupo cuasi-cerrado, cuya dirigencia se dirime por cooptación, como son los partidos políticos, a la experiencia irreductible y singular de ser presidente.⁶

Es decir, la experiencia presidencial es tan idiosincrática, diferenciada y específica, que no existe una preparación estandarizable, sistematizable y reproducible para la misma. Hay y habrá, por tanto, en democracia, un elevado porcentaje de azar respecto a la coherencia o emparejamiento entre la persona y el puesto, con riesgo elevando tanto para los electores como para el incumbente. Porque, como ocurre así mismo en el mundo empresarial, aquellas capacidades que sirven para ascender en una carrera organizativa no son necesariamente las mismas que se precisan para desempeñar con eficacia un cargo ejecutivo máximo. Sin embargo, en el bipartidismo o duopolio, o restauración asimétrica ⁷ en que se ha convertido el sistema político español, los efectos de un error en el liderazgo queda limitado por un suelo de siete u ocho millones de votos para los dos grandes

⁶ En el documental *The Fog of War* (Errol Morris, 2004), Robert McNamara, entonces Chief Operating Officer de Ford Motor Corp., relata cómo al expresar su reticencia a aceptar el ofrecimiento de J. F. Kennedy de convertirse en secretario de defensa, por falta de preparación específica para el puesto y por desconocimiento del sector, el todavía presidente-electo le contestó: Bob, there are no schools for presidents either (Bob, tampoco hay escuelas para presidentes). Otra anécdota, que debo a un buen amigo que ninguno de los dos puede certificar, pero que se non è vero è ben trovatta, es aquella que se atribuye a J. L. Rodríguez Zapatero, quien al poco de llegar a Moncloa, al darse cuenta de las posibilidades del puesto, exclamó: “!Cuánto se manda aquí!”.

⁷ Sobre la analogía de la restauración asimétrica para entender el actual sistema político español, ver los artículos de Enric Juliana en *La Vanguardia*, en el Otoño-Invierno de 2011.

partidos y la práctica de la alternancia en el gobierno, como máximo cada tres legislaturas.

No debería sorprender que en un estado tan descentralizado como el español, el personalismo de los presidentes de las comunidades autónomas no sea, en su ámbito, menor que el de la presidencia del gobierno de España, cuando no mayor o, incluso en ocasiones, notablemente mayor. Hasta hace unos pocos años, la preeminencia de estas figuras de liderazgo regional, autonómico, nacionalista, o nacional, como cada lector prefiera, se ha basado en una tesitura irreplicable: su liderazgo político coincidió en la mayoría de las ocasiones con la construcción inicial de la administración pública, tras la aprobación de la Constitución y el establecimiento del estado autonómico, de sus respectivas comunidades. Estas circunstancias han propiciado en algunas comunidades largos períodos de hegemonía política ininterrumpidas, a veces de dos décadas, como los de M. Chaves en Andalucía, M. Fraga en Galicia, J. Pujol en Cataluña, J. M. Rodríguez Ibarra en Extremadura, J. J. Ibarretxe en el País Vasco, C. Fabra ⁸ en la Diputación de Castellón, J. L. Baltar ⁹ en la Diputación de Ourense, etc.

⁸ C. Fabra, Presidente de la Diputación Provincial en Castellón ha llegado a reconocer: “Yo ni sé la cantidad de gente que habré colocado en 12 años...todo eso es voto cautivo”. Ver El País, 5 de Marzo de 2009.

⁹ La anécdota de J. L. Baltar, hasta hace poco presidente de la diputación de Ourense, asistiendo a tantos entierros en su provincia como le ha sido posible coincide --al fin y al cabo el caciquismo es universal y las formas básicas de hacer política también lo son-- con una de las escenas más famosas de la película *The Last Hurrah*, en la que Spencer Tracy interpreta al boss Frank Skeffington, carácter a clef del alcalde irlandés de Boston y gobernador de Massachussets J. M. Curley. Por cierto, a la hora de redactar esta nota a pie de página J. L. Baltar no ha entonado su canto del cisne, incluso se puede decir que nunca lo hará, al haber transustanciado su liderazgo en el de su hijo José Manuel, ya presidente del Partido Popular de Ourense (ver sobre familias políticas mi artículo de 2012x).

Además, a los líderes políticos locales, por su mayor cercanía a la población, les es más fácil, como les ocurre también a los alcaldes y a los presidentes de las diputaciones provinciales, establecer relaciones de patronazgo con sus administrados, pudiéndose convertir en ocasiones en el típico boss o cacique político: aquél role político cuyo criterio principal en la toma de sus decisiones es el aumento de su poder personal, y no consideraciones ideológicas o programáticas. En la política local la lista de posibles favores sobre la que construir capital político ¹⁰ es inmensa, de hecho más factible y amplia que la del presidente del gobierno de la Nación: desde puestos de trabajo en la administración local a licencias a medios de comunicación pasando, muy especialmente en la década 2000-2010, por asuntos inmobiliarios: recalificación de suelos, permisos de construcción, etc.¹¹

Lamentablemente, la primacía presidencial en los varios niveles territoriales de la política española no se ve correspondida con una abundancia y relevancia commensurable de trabajos académicos o incluso ensayos rigurosos sobre el role del presidente del gobierno, o sobre la de sus homólogos autonómicos. Ya en 2001, Del Castillo advertía, desde su doble perspectiva de politóloga y ex ministra, la falta de suficientes estudios rigurosos sobre nuestros presidentes¹². Más de una década más tarde esta

¹⁰ Es célebre el título del libro de memorias del legendario speaker demócrata de la Cámara de Representantes norteamericana Tip O'Neill: All politics is local.

¹¹ La corrupción es mayor cuanto más local la administración. El patronazgo, como la política, también es siempre local.

¹² El País, 6 de mayo de 2001, Suplemento Domingo.

necesidad no ha sido ni suficiente ni satisfactoriamente satisfecha. Y cuando estos estudios existen se centran más en una vertiente legal normativa ¹³ que en una funcional. Incluso, con excepciones,¹⁴ se puede afirmar que es general en España la escasez de estudios sobre liderazgo político en general.

Por supuesto, sí hay disponibles numerosos textos de género periodístico sobre presidentes, si bien con excesiva varianza en calidad y, muy a menudo, ideológicamente sesgados. Ejemplos de aportaciones interesantes son los libros de Prego (2000) e Iglesias (2007), con entrevistas en profundidad a presidentes del gobierno de España y a otros destacados líderes políticos que ayudan al entendimiento de los primeros. Los deliciosos retratos de políticos de Nadal (2011). O las reflexiones mitad periodísticas, mitad históricas, de García Abad, autor interesante porque es explícitamente consciente de que su trabajo periodístico, sobre A. Suárez, F. González y J. L. Rodríguez Zapatero (2006a, 2006b y 2010 respectivamente), constituye materia prima para la labor a largo plazo y con más controles metodológicos de los historiadores. O biografías como la de Morán (1979) sobre A. Suárez, siendo probablemente este autor el que mejor puede incitar a los interesados en análisis psicológicos de nuestros presidentes. O los recuentos biográficos de Palomo ¹⁵ sobre líderes populares

¹³ Como excelentes ejemplos de esta perspectiva jurídica o normativa ver los trabajos de Vives Pi-Sunyer (1980), Bar Cendón (1983), Lucas Murillo (1991), Cascajo y Bustos (2001) y Montabes (2001).

¹⁴ Ver, por ejemplo, Natera (2001), aunque ceñido a aspectos conceptuales y enfocándose sobretudo a liderazgo local y municipal.

¹⁵ Palomo explícitamente dice que sólo hace biografías sobre presidentes de gobierno o políticos que pueden llegar a serlo (Información.es, 24 de Marzo de 2011).

en su momento de ascenso ya cercanos a Moncloa, como sobre Aznar (1990) y Rajoy (2011).

O algunas publicaciones especiales, entre académicas y conmemorativas, más ecuanímes en estilo, como el número de Cuenta y Razón (2008) y el libro editado (2010) dedicados a L. Calvo-Sotelo, de un género intermedio entre el homenaje y la historia.

Hay varias explicaciones para esta escasez académica, incluso, a un nivel inmediatamente inferior de rigor, de ensayos desapasionados. Una es, obviamente, el todavía corto recorrido temporal de la democracia española y la falta de series históricas suficientes para proponer y testar con fiabilidad modelos conceptuales específicos a España. El contraste entre nuestra base de datos, seis presidentes a la fecha del gobierno de la Nación, con, por ejemplo, los 44 presidentes norteamericanos (además —y esto es muy relevante desde el punto de vista metodológico— con un contexto constitucional, incluso partidista, básicamente estable en los USA), da idea de los retos para establecer un campo metodológicamente sólido de estudios de liderazgo presidencial en España. Como consecuencia, académicos jóvenes, que se juegan su carrera en demostrar su excelencia investigadora, lógicamente trabajarán sobre temas quizás menos interesantes y relevantes, pero menos controvertidos y más tratables metodológica y empíricamente.

Un segundo motivo es el mencionado dominio de la perspectiva jurídica y normativa en los estudios sobre el sistema político español, lógico,

por otra parte, durante los primeros períodos de una democracia, donde las preocupaciones fundamentales son garantistas.

Una tercera explicación es que los estudios académicos sobre líderes políticos han primado sus competencias e idoneidad como candidatos, es decir, la fase electoral y no la propiamente presidencial. La causa de esta preferencia es que los procesos electorales son más conducentes a un enfoque científico clásico (ver, por ejemplo, el espléndido trabajo ya citado de Rico (2009)), por la cantidad de estadísticas disponibles (encuestas, resultados electorales, etc.), y también por estar cerca de una mayor aplicabilidad práctica, como el apoyo a la toma de decisiones estratégicas de los partidos en sus campañas electorales.

Otra razón es que cuando en España han existido estudios de liderazgo en general, éstos han tenido lugar sobretodo en las escuelas de negocios, lógicamente más enfocadas al sector privado empresarial y menos sensibles a los aspectos políticos del liderazgo, y más atentas a sus aspectos motivacionales generales (por ejemplo, de dónde sacan los líderes su energía para la acción), psicológicos (por ejemplo, auto conocimiento de los directivos como requisito de inteligencia emocional para su eficacia) o de carisma (por ejemplo, la importancia de la visión empresarial).

Otro importante motivo, con relevantes repercusiones metodológicas, es que no existe una tradición en España de memorias y autobiografías de políticos suficientemente numerosas y mínimamente objetivas. Para que los expertos en liderazgo realicen un trabajo más profundo y contrastado sobre

este tema se necesita una labor de años de historiadores y documentalistas, que todavía no se ha producido. Lo mismo ocurre con el liderazgo político europeo. No hay nada parecido, por ejemplo, a las memorias de T. Blair (2010) o a las de su Chief of Staff (Powell, 2010). Los libros de J. M. Aznar, el autor más prolífico de nuestros expresidentes, son exposiciones de su cosmovisión, no memorias o recuentos históricos.

Finalmente, se da una razón prudencial. Desde los últimos años de la presidencia de F. González, los espacios de neutralidad política en España se han achicado. Todo se ha convertido en políticamente interpretable y, por tanto, sujeto a reacciones políticas y consecuencias para el investigador, aunque las intenciones y materiales del debate sean científicos. Y nada incomoda más a los científicos, nada más arriesgado para aquellos que se dedican a los saberes sociales, que ser etiquetados como partidistas.

La escasez de estudios sobre presidentes de gobierno en España es todavía más significativa en relación a aspectos específicos del liderazgo. Por ejemplo, ¿cuán transformacionales o transaccionales son nuestros presidentes? (ver un intento de responder a esta cuestión en mi artículo sobre J. L. Rodríguez Zapatero y M. Rajoy en el País, 2009), ¿tienen sentido de urgencia en sus reformas? o ¿son incrementales? ¿visionarios?, ¿cómo articulan la relación fines y medios?, ¿cuánto mejoran la calidad democrática del país?, ¿cómo se relacionan con los demás actores políticos?, ¿cómo usan sus capacidades de comunicación?, ¿cuál es su estilo de toma de decisiones?, ¿de qué equipo de colaboradores se rodean?, ¿cómo organizan el

equipo político de Moncloa? (nuestra West Wing ¹⁶), ¿qué relación tiene con ese equipo?, ¿de qué tipo de estímulos le hace partícipes?, etc. Estas preguntas hacen referencia a las dimensiones claves del comportamiento presidencial y son, por tanto, objeto de atención preferencial de este libro.

El artículo de Linz (1987) sobre liderazgo innovador en la transición democrática española es una notable excepción, ya clásica, a esta carencia. Linz se centró en las competencias que debía poseer un líder para afrontar una tarea tan extraordinaria como una transición de régimen político. Basó su argumentación en una comparación, difícil por las diferencias de coyuntura en que cada uno de ellos operó, entre los dos líderes más destacados de la misma: A. Suárez y F. González. Este trabajo es un buen ejemplo del tipo de análisis que todavía hace enorme falta en España y al que pretendo contribuir con este trabajo y, sobretodo, provocar, ojalá, otros venideros, míos o de otros autores, más completos, documentados, sistemáticos, y reposados.

Por tanto, estudiar los presidentes de gobierno es un tema especialmente relevante en España y sobre el que hay todavía existe un déficit notable. Incluso más desde el punto de vista que despliega este libro: el ejercicio del liderazgo político de los presidentes.

¹⁶ Un excelente libro sobre el staff político de los presidentes norteamericanos ubicado en el Ala Oeste de la Casa Blanca es el de Patterson (2000). Incluso la célebre serie televisiva West Wing es un excelente retrato de men at work en un staff presidencial. Mis amigos americanos en política, con conocimiento directo del trabajo en la Casa Blanca, me dicen que es suficientemente realista aunque, eso sí, los personajes de la serie son más listos, interesantes, rápidos y verbales que los de la realidad.

La sección siguiente detalla, además del ahora explicitado, de contribuir a rellenar un hueco en la ciencia política española, los otros objetivos de este trabajo y cómo los desarrolla.

1.2. Propósito del trabajo y metodología.

Este texto es para mi la segunda incursión predominantemente académica ¹⁷ en un tema que ha sido hasta ahora sobretodo un hobby. Sin embargo, ante el déficit actual de liderazgo político y de estudios sobre el mismo he decidido profundizar en el mismo. Nuevos estudios adicionales han de venir que aporten mucha más documentación al estudio de nuestros presidentes de gobierno, pero los escrúpulos metodológicos derivados de las referidas carencias en literatura académica primaria (recopilaciones documentales) y secundaria (elaboración sobre los documentos primarios), que han de ser reconocidos, no deben constituir un impedimento para trabajar sobre un tema tan relevante e ir ya avanzando hipótesis, testando modelos, explorando argumentos, etc. Y ésto es lo que este texto intenta precisamente hacer.

Como ya he avanzado, el contraste con España y con la Europa occidental, en el contexto anglosajón la literatura académica sobre líderes políticos es abundante. En los Estados Unidos, debido al presidencialismo explícito de su sistema político, existe una larga, académicamente reconocida y distinguida tradición de científicos sociales presidenciales.

¹⁷ La primera fue un artículo para la Revista de Estudios Políticos del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (Alvarez y Pascual, 2002). Para escritos míos no académicos, mayormente en la prensa, ver la Bibliografía.

Entre otros pioneros, destacan Barber (1977) y Simonton (1987), sobre los rasgos psicológicos más relevantes para entender la acción de los presidentes, el primero de ellos considerado el creador de la llamada psico-historia y el segundo el autor que más se apoya en metodologías cuantitativas; a Porter (1980) enfocado a los procesos de toma de decisiones estratégicas; al gran clásico Neustadt (1990), sobre la administración de capital político ¹⁸; a Greenstein (2000) sobre las competencias ejecutivas, cuya edición de 2004 incluye comentarios sobre la primera presidencia de G. W. Bush, y la última sobre Obama, seguramente la obra a la que más se parece formalmente mi primer trabajo académico sobre este tema (Alvarez & Pascual, 2002); Skowronek (1993, 2008), sobre la tipología de restricciones estructurales y contextos políticos en los que mueven los presidentes, y el autor que, junto a Neustadt, paradójicamente su máximo adversario intelectual en el campo de estudios presidenciales, más ha influido en mi manera de pensar; y, finalmente Edwards (2009), el último reconocimiento de las muchas limitaciones del role presidencial norteamericano como agente de cambio.

Dado que, de manera confesa, los referentes conceptuales de partida usados en este trabajo han sido desarrollados para estudiar la presidencia de los USA, es necesario realizar una reflexión inicial sobre la validez comparativa, aunque sea mínima, del uso de los mismos, reflexión que

¹⁸ El libro de Neustadt *Power and the Modern Presidents: the Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*, cuya primera edición es del año XXXX, es el que más ha influenciado el campo de estudios presidenciales. Encomiado como el moderno Príncipe, es también el que más recelos ha despertado en algunos colegas como Skowronek (1998) que lo descalifica como libro de autoayuda presidencial.

iremos complementando en cada capítulo. Esta comparación para este autor no ha de ser perfecta, si no simplemente suficiente para, como he indicado, empezar a avanzar en la dirección señalada, de ir estableciendo el campo del saber liderazgo presidencial en España.

Es obvio que las diferencias entre ambos sistemas y prácticas políticas son sustanciales. Estas son mayores cuanto más contexto institucional, especialmente jurídico, se considere en la comparación. Al fin y al cabo, la distancia entre el sistema constitucional norteamericano y el español es muy grande, tanta como la que separa los roles de los presidentes de ambos países, incluso los estilos y carreras típicos de los políticos de ambos sistemas. Por ello, la comparación será menos apropiada para una oficina política concreta, en un entramado institucional particular, y en un tempo o circunstancia política específicos. Pero cuanto más personal y psicológica sea la comparación, cuanto más sea ésta un contraste entre los estilos de liderazgo de los presidentes --y éste es el enfoque principal de este libro-- ésta comparativa será más pertinente, ya que los caracteres y dimensiones psicológicas básicas del liderazgo son universales, como comentaré a lo largo de este libro, en especial en el capítulo psicológico. Además, afortunadamente para los estudiosos de este tema, dado que durante situaciones “blandas” como la Transición española, de fluidez normativa y política, las personalidades y la psicología de los actores son más relevantes, como argumentaré en el capítulo 4, la virtualidad de la comparación es mayor, y ésta será menor a medida que avancemos en el

tiempo democrático de España, en que más alargada sea la path-dependency de la democracia española. Se da, por consiguiente, la paradoja de que, por un tiempo, mientras la serie de presidentes españolas sea limitada y en éstos los de la Transición sigan siendo importantes, se ofrece una ventana de oportunidad al investigador para, al menos a priori, poder utilizar los modelos pensados para USA, los más desarrollados, generales, universales y robustos, disponibles sobre liderazgo presidencial-- para iniciar este tipo de trabajos en España.

Basado en estas premisas, los objetivos de este libro son los siguientes.

De manera más inmediata, y cómo he mencionado, contribuir con un trabajo a los todavía escasos estudios disponibles sobre liderazgo político y, particularmente presidencial, en España.

Más específicamente todavía, reflexionar sobre la adecuación de los modelos de análisis de liderazgo presidencial pensados para otros ámbitos, en este caso los U.S.A., para incrementar y acelerar la producción y difusión de estudios presidenciales en España. Esperar a disponer de una literatura primaria, incluso secundaria, más extensa para producir esos modelos se antoja una espera ad calendas graecas.

Otro objetivo es promocionar el rigor de los estudios sobre liderazgo en este país, público o privado. Buena parte de los ejemplos y propuestas de liderazgo que se pueden encontrar en los medios de comunicación y muchos textos destinados a la divulgación entre directivos provienen del ámbito de

la empresa privada. Sin embargo, los perfiles de grandes empresarios y directivos, frecuentísimamente usados como encarnaciones del liderazgo, pueden estar demasiado mediatizados por sus poderosos gabinetes de comunicación o relaciones institucionales, o por su propio poder empresarial, ya que muchas editoras, de libros o prensa, consultoras que puedan realizar los estudios, pueden depender directa o indirectamente de ellos.

En contraste poco halagüeño con algunos líderes empresariales (hasta la crisis económica), o de O.N.G.s, nuestros líderes políticos no son utilizados como role models de liderazgo. Seguramente debido a la preocupante mala prensa y pobre reputación de la política en general y los políticos en particular, especialmente en épocas de crisis económica, como se ha reflejado repetidamente, por ejemplo, en las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas durante todo el largo tiempo de redacción de este libro. Sin embargo, en las sociedades abiertas, los políticos son los actores sociales más escudriñados y controlados. Hoy en día hay disponible más información de calidad sobre J. L. Rodríguez Zapatero o sobre M. Rajoy que sobre cualquier líder empresarial español, aún a pesar de avances en transparencia sobre estos últimos facilitada por reformas recientes del gobierno corporativo. Los presidentes del gobierno y otros líderes políticos están, por tanto, constantemente en el escaparate y son ejemplos de liderazgo, positivo o negativo, fácilmente accesibles por su omnipresencia mediática. Promocionar un acercamiento riguroso, sistemático, racional, equitativo, a nuestros presidentes de gobierno, ejemplos positivos o

negativos de liderazgo, es, por consiguiente, otro de los objetivos de este texto.

Pero, además, el uso de ejemplos políticos para la divulgación del liderazgo en general es especialmente pertinente porque todo liderazgo --no importa el ámbito de actividad, público, social o privado-- es esencialmente político y, por tanto, siempre tiene el mínimo común denominador de al menos tres elementos. Primero, el señalamiento de nuevos futuros; segundo, el alineamiento y estructuración de una organización o una comunidad para posibilitar la consecución de esos futuros; y tercero la movilización y la motivación de esa organización, comunidad o, incluso, movimiento social. La esencia del liderazgo es, por tanto, el vínculo entre líder y una comunidad o sus seguidores sobre el establecimiento de la ecuación fines-medios. Como dice Turner (1995, p. 11):

Leadership is a process of human interaction in which some individuals exert, or attempt to exert, a determining influence over others.

Que la práctica de la política democrática, como la práctica de los liderazgos, se quede con frecuencia corta ante los ideales esperados de ella no dice nada en contra de la misma, de igual manera que la existencia de vicios no dice nada en contra de los ideales de virtud.

Hay un beneficio añadido al énfasis en el aspecto político de todo liderazgo. Buena parte de lo que en España todavía se escribe y difunde sobre liderazgo, público o privado, pero especialmente privado, muchas veces en forma de libros de auto-ayuda, enfatiza en exceso la importancia

del carácter, de la voluntad, de una especie de irrestricto self, carente de cualquier realismo psicológico y social, en lo que parece que el elemento clave del liderazgo es el puro querer, el ejercicio de la decisión, perspectiva en la que se pueden encontrar abundantes trazas de lo que en España llamaríamos falangistas, que se cuelan a través del referido énfasis en carácter y en la fuerza de la voluntad. En contraste, toda perspectiva política es realista, incluso se podría decir que científica (Conde, 1947).

En las páginas siguientes trato a los presidentes de gobierno españoles con el máximo respeto. Del texto se desprende, así lo pienso sinceramente y creo que fundamentalmente, que todos ellos han sido, al menos, grandes políticos, todos han destacado en algún aspecto esencial del liderazgo político, y todos ellos son desde luego muy útiles desde el punto de vista académico para el estudio del liderazgo. Todos son paradigmáticos representantes de nuestra clase política y la dejan muy bien, mucho mejor que la reputación de la misma en la opinión pública durante la crisis – fenómeno común a las democracias de Europa y USA. Y es una buena noticia, cuando tanta demagogia anti política todavía existe ¹⁹.

Mientras que hay trabajos en los U.S.A. que intentan desde hace tiempo –y algunos seriamente—establecer rankings de liderazgo o de preeminencia en la historia, o grandeza, entre los presidentes, este texto no tiene esa intención, ni siquiera de manera implícita o indirecta. La tradición

¹⁹ En parte con algunos resabios franquistas, en otra parte, como el 15-M, con resonancias anarquistas, tradición que, aunque ha dejado de ser explícita, todavía resuena culturalmente en España.

de comparar, en un orden de prelación, el liderazgo político de los presidentes norteamericanos fue inaugurada en los años 40 por A. Schlesinger Senior, politólogo y consejero áulico del clan Kennedy, y continuada entre otros por historiadores y politólogos como Murray & Blessing (1994), Ridings & McIver (1997), Schlesinger Junior (1997), Simonton (1994), etc., así como por medios de comunicación como el Wall Street Journal, a través de encuestas, más o menos científicas. Es interesante que, cuando se controla por las orientaciones políticas de los expertos encuestados, los rankings suelen converger, en especial a medida que los presidentes se alejan en el tiempo. Por ejemplo, F. D. Roosevelt, tan controvertido en su tiempo, está siempre entre los tres primeros con independencia de la orientación política del académico opinante.

La serie presidencial española es demasiado corta y reciente y, por tanto, realizar aquí una comparativa en forma de rankings de grandeza histórica resultaría en exceso inmediata y personal, incluso sesgada por el hecho de que algunos presidentes les “ha tocado” serlo en momentos tan importantes y consecuentes como los de la Transición, con el consiguiente plus de protagonismo en el juicio histórico que una fase tan excepcional puede conllevar. Ni siquiera la tesitura de la crisis económica de finales del primer decenio del tercer milenio se equipara en dimensión histórica a la Transición.

A pesar de lo dicho hasta ahora, que este texto intenta objetivar el estudio de los presidentes españoles, algún lector se puede todavía

preguntar por mi parti pris. Habría que recordarle al curioso lector que las simpatías por un presidente u otro en concreto no tienen por qué coincidir con las preferencias ideológicas generales. Al fin y al cabo, hay cuestiones de estilo e liderazgo que son ideológicamente neutrales, por así decir. En este tema, como en tantos otros, se puede hacer ciencia sin ser value free y sin necesidad de declaración expresa de preferencias.

1.3. Plan del texto.

Este libro procede según el siguiente despliegue argumental.

En esta Introducción he justificado la importancia del estudio de los presidentes de gobierno españoles y la necesidad de compensar la escasez de estudios sobre el mismo. Nuestros presidentes de gobierno son, descontando la importancia de los países, en términos de la división de poderes interna, comparativamente más poderosos que los de Estados Unidos, similares a los de Italia, Alemania e Inglaterra, aunque menos influyentes que los presidentes franceses. Esto es así porque, a diferencia de los presidentes norteamericanos --que son agentes políticos aislados y cuya vinculación partidista es tenue y nominal, así como la de los miembros del Congreso— los presidentes españoles comandan tanto el poder ejecutivo como el legislativo, este último a través de su liderazgo de su partido. Por tanto, el estudio de su liderazgo --la interacción entre características personales por un lado, e institucionales y de contexto político por otro, es fundamental --el más fundamental-- para entender las decisiones que toman, las políticas que

promueven y los cambios que implementan o tratan de implementar.

También he precavido al lector en las páginas precedentes de esta Introducción de los retos metodológicos más importantes de estudiar la cúspide, encarnada por una persona, de un sistema tan complejo como el político de un país, tanto aquellos desafíos de disciplina investigadora que este trabajo intenta solventar como aquellos que deja a otros colegas en posibles futuros trabajos.

Para que el lector cuente desde temprano en el texto con unas referencias, aunque mínimas y tentativas, y sin enjuiciar los presidentes españoles, aunque sí adelantando algunas de sus características, en el capítulo dos he adelantado algunos de los indicadores existentes en la literatura académica, sobretodo enfocada a los presidentes norteamericanos, sobre qué consiste un liderazgo presidencial exitoso. Entre otros, pero muy especialmente, hago referencia a la distinción clásica entre liderazgo transaccional y liderazgo transformacional, y diferentes versiones de la misma posteriores a la original de Burns (1978).

El Capítulo 3, en su estudio de las competencias exigidas a los presidentes de gobierno en su role de jefes máximos de la administración del estado, es seguramente el más cercano a la hipótesis institucional del role presidencial desarrollada por Moe (2009). En él propongo las capacidades necesarias para descargar la tarea presidencial del gobierno español según el modelo de competencias desarrollado y trabajado en el campo de los recursos humanos en las organizaciones empresariales.

En los dos capítulos siguientes enfrento las dos grandes narrativas, o hipótesis, sobre la causa principal, o variable independiente con más capacidad explicativa de la varianza en el comportamiento presidencial, y según el juicio sobre las consecuencias de este comportamiento, el liderazgo de los presidentes: la psicológica versus la sociológica, la interna versus la externa, el yo versus la circunstancias.

La primera hipótesis –Capítulo 4– sostiene que el comportamiento en el cargo de un presidente y, por ende, su éxito, se explica fundamentalmente por su persona, por cómo es, por lo que le ocurre interiormente, en su cerebro, su personalidad, motivaciones, estilos cognitivos, etc. –la hipótesis psicológica pura—o por otros atributos individuales como origen social, imagen pública, características demográficas, etc. Se trata, por tanto, de una hipótesis individualista o personalista. Para controlar mi propia evaluación del perfil psicológico de los presidentes de gobierno españoles se ha realizado una encuesta a altos políticos, miembros de la administración, que han trabajado con ellos en Moncloa o que son contrastados observadores de nuestros presidentes, como periodistas y catedráticos de ciencias políticas, sobre los indicadores de personalidad más relevantes de nuestros presidentes.

El Capítulo 5 contiene la segunda gran hipótesis –la sociológica o contextual– afirmando que las políticas que desarrollan los presidentes y, finalmente, su legado histórico, depende de las circunstancias del entorno, por definición más allá del control último de los líderes, aunque susceptibles

en grados diversos a su influencia. En términos científicos simples, ambas alternativas —la psicológica y la sociológica— serían las variables independientes de las hipótesis respectivas, y el desempeño presidencial la variable dependiente.

En el último capítulo propondré dos variables dependientes específicas a la realidad española, como índices del liderazgo de nuestros presidentes de gobierno: cómo lideran el proceso de su propia sucesión y si son capaces de modificar los ciclos políticos que les tocan en suerte. Ambos indicadores servirán para articular los últimos argumentos sobre los presidentes de gobierno españoles y su relevancia.

www.joseluisalvarez.com